

Escorpio: La Casa del Discípulo

Por Luisa Romero de Johnston

Escorpio es el signo zodiacal considerado con justicia “Rector del Sendero del Discipulado,” pues constituye un importante campo de trabajo para el hombre, quien, gracias a las profundas experiencias allí proporcionadas, alcanza la liberación y se convierte en discípulo.

Escorpio marca el llamado “punto de reversión de la rueda,” ese cambio profundo que ocurre en la conciencia humana cuando el Alma es oída y obedecida, y se emprende la búsqueda espiritual por propia voluntad.

La categoría rectora de Escorpio está suficientemente sustentada en la influencia estimulante que ejerce sobre los seres humanos, en su posición en la Cruz Fija del zodiaco (Acuario-Leo, Tauro-Escorpio), la Cruz del Discípulo, y en las estrechas relaciones que guarda con Sirio, estrella de especial significación para nuestro planeta, por la influencia que su Jerarquía tiene sobre la nuestra y por el papel que juega en la trasmisión de las energías cósmicas desde el Cosmos hacia nuestro mundo. Además, como signo triple, tiene marcada influencia en la triple personalidad; de allí que las pruebas que él proporciona conduzcan a la muerte de ésta y a la aparición del verdadero hombre.

Cuando en la ciencia esotérica se habla de influencias, es conveniente ubicarse en el exacto significado de tal término y no divagar en el nebuloso mundo de lo especulativo y fantasioso. Las influencias cósmicas y, en este caso, las zodiacales, deben ser comprendidas como la acción de unos centros energéticos sobre otros centros o cuerpos y sobre todo lo que los rodea.

Es fundamental, también, reconocer el papel de tales influencias cósmicas en la constitución del “Mundo de las Relaciones,” al cual pertenece todo lo que existe y en el cual se hacen posibles las expansiones de cada conciencia individual para construir, finalmente, la Conciencia Una.

Comprender y penetrar ese mundo de relaciones, expandir la propia conciencia para poder pertenecer a ese nuevo mundo, es la tarea que tiene por delante todo discípulo. El ha comenzado a comprender las reglas que gobiernan el sendero hacia Dios. Se sabe un eslabón, un punto vibratorio que conjuga, la atracción que libera los mundos inferiores y la respuesta a la potente energía sintética de los mundos superiores. Es un punto de tensión dentro de la tensión magnífica del proceso evolutivo. Gracias a esa tensión, el hombre vislumbra el secreto del proceso creador y se convierte en discípulo.

Es importante analizar el significado y alcance de este concepto, pues tensión debe ser comprendida no como un estado de constante angustia o revuelta interior, como un remolino de emociones y pasiones o el estremecimiento constante de los centros energéticos inferiores, sino como un elevado estado de alerta dinámica dirigido por el corazón y la cabeza. En él, la estrepitosa desarmonía del componente kama-manásico – esa mezcla desordenada de deseo y mente inferior – debe dar paso a un estado vibratorio de potencia dirijible que va a culminar en la apertura hacia una posición de mayor significado espiritual. La tensión es el prelude de la entrada en nuevos ámbitos de vida. Tensión es la capacidad impulsora que puede poner en marcha un pensamiento, un hecho, un efecto, un mundo. La suprema tensión se hace sentir continuamente desde los mundos sùtiles, como un estímulo elevado que incide sobre toda la manifestación.

El discípulo debe ser un conocedor de estos mecanismos que atañen al mundo de las energías, porque parte de su obligación es poseer ese conocimiento para que pueda emplearlo en beneficio y cumplimiento del divino Plan. Debe aprender a emplear sabiamente la correcta secuencia de tan importante mecanismo: acumulación – tensión – liberación creadora, seguida de la natural pausa o descanso (intervalo propio de toda actividad en el Universo). Así, en el manejo correcto de lo cotidiano y en el acertado empleo de la tensión, va paulatinamente mejorando su estado y logrando el ascenso graduado en las etapas que le corresponde cumplir.

El discípulo, como trabajador entrenado, puede, también, crear tensión por un ejercicio puro de su pequeña voluntad para tratar de hacerse Alma. Este es un acto autoinducido, no directamente relacionado con lo externo ni dependiente de ello. En un ejercicio de meditación pura, cuando el discípulo, procurando abstraerse de toda inherencia de la personalidad, eleva su conciencia hacia los predios del Alma, lo hace mediante la creación de un estado de tensión interna capaz de propiciar un encuentro, un contacto de su conciencia inferior con la conciencia egoica – su conciencia central en tanto que alma encarnada. El crea de sí mismo y en sí mismo un estado tensional fino, desprovisto de toda característica propia de la personalidad; una tensión libre de las fuertes características regresivas del componente mental concreto-emocional. Más bien un estado de afinamiento con el Ego, de enfoque hacia arriba, de llamada; de máxima atención a la respuesta, de silencio sereno, respetuoso. Una tensión expectante, lista a ser liberada en el momento oportuno y propicio del encuentro con Si mismo; el grado de tensión propicio para que se produzca el destello, la chispa indicadora de la entrada en una nueva dimensión de la conciencia.

De acuerdo a lo expresado, comprendemos por qué se nos enseña que la meditación es un hecho activo, un trabajo mental regido por la mente superior, y no un acto emocional o mucho menos una acción hedonista para buscar relajamiento; y por qué la etapa del silencio en la meditación no ha de verse como una parálisis de la mente, una pretensión del cese de sus funciones, sino un momento de aquietamiento expectante, de atención dirigida a lo supremo, de afinamiento con el Alma, de tensión sutil bien dirigida hacia el centro de nuestra conciencia, de nuestro propio Yo.

Esa es la esencia de una meditación productiva; una meditación donde el meditante penetra en el ámbito de la intuición, que es como decir el ámbito de la sabiduría, cualidad de amor, principio manifestado en Alma, nuestra herencia divina.

Dentro de la complejidad de funciones que el discípulo realiza, hay algo de suma importancia, y es el hecho de que él llega a ser un conocedor del nuevo mundo en el cual se mueve y trabaja, y en el cual, por lo tanto, actúa conscientemente. La medida de su conocimiento es la expresión de su posición dentro del ámbito jerárquico al cual ya pertenece y la marca de la trascendencia de su trabajo y servicio en beneficio de sus semejantes.

En su posición el conocimiento es fundamental; porque él tiene que trascender las limitaciones del acercamiento devocional místico propio del componente emocional, para abrirse a las posibilidades ilimitadas de la mente superior. Y esto únicamente puede hacerlo comprendiendo que el camino hacia esa mente solo es dado al conocedor, y es una empresa científica que se cumple con métodos científicos dentro de una ciencia de especiales características que es la Ciencia Esotérica. Esta es la Ciencia de lo Divino, la Ciencia de la Vida, del Mundo de las Energías, de las Causas y las Significaciones, la Ciencia de las Ciencias.

Este concepto, que llega con los vientos de la Nueva Era, debe ser comprendido en su verdadero significado. No como un enfoque rígidamente intelectual, parcializado hacia un tecnicismo frío, irrespetuoso de la esencia espiritual del hombre, sino como la culminación de un proceso de acercamiento a lo divino, que ya ha cumplido su etapa de búsqueda devocional, coloreada por el poderoso componente astral de la personalidad y limitado por la ignorancia y el temor, para entrar en su etapa superior de transferencia, el campo de lo intuicional, cualidad de la Tríada Espiritual.

Por lo tanto, el discípulo une en sí, la experiencia del acercamiento místico ahora purificado y trasmutado, con el estímulo del conocimiento que debe transformar en sabiduría gracias a la luz de su Alma. De esa manera, él va cumpliendo con la Ley, demostrando en sí los procesos de transferencia, unificación, elevación, que se cumplen en todo lo que existe.